



CAPÍTULO XIII.

Preparativos.—Baile y cena de la noche buena.
El nacimiento del mesías.—Munificencias
del coronel Aguado.

PEREZ no se fué.

Era preciso arreglar muchas cosas, porque aquellas disposiciones, verdaderamente militares, decía Perez, no se pueden poner en práctica con solo la voluntad del coronel Aguado, que ha venido á trastornarlo todo.

—¿Le parece á usted mal?—preguntó Elena.

—Malo, dijo Perez. El coronel Aguado nos va á aguar la diversión.

—Todo porque es un hombre franco, porque tiene el corazón en las manos.

—Y porque le dijo á usted que tiene bonitos piés.

—Eso ya me lo han dicho, y usted también.

—Ya se ve que sí, tanto que me arrepiento de haber traído los zapatos verdes.

Elena sacudió los piés y dejó caer los dos zapatitos, que cayeron graciosamente á algunos pasos de distancia.

—No se vaya usted á resfriar.

—No me cuide usted.

—No lo decía por eso.

—¿Pues por qué?

—Porque le han gustado mucho al coronel y.....

—Es la horma.

Perez estaba cenizo.

—Bien, dejemos eso y pensemos en lo que debemos hacer para mañana;

no se formalice usted, Elena, por tan poca cosa.

Chucho, que se había hecho el dormido, recogió los zapatos y se los puso á su mamá.

Elena besó á su hijo, y se puso suave como un guante.

—En primer lugar, continuó, mañana me pertenece usted, Perez, desde las seis de la mañana; porque es usted mis piés y mis manos; tengo mucho que hacer, pues yo no me quedo sin acostar al Niño y sin poner mi Nacimiento.

—Omita usted eso, dijo Perez.

—Eso es, judío! los santos son los que lo pagan todo, hereje. ¿Le parece á usted justo que porque nos vamos á divertir, no se acueste el Niño, ni se rece la posada? Dios me libre, que yo soy cristiana, y no tomo esas cosas como juguete.

—Pues sea, dijo el bueno de Perez.

La conversación del programa de la fiesta se prolongó tanto, que la luz sorprendió á Perez y á Elena.

Supongo, dijo Perez, oyendo cantar un gallo, que no pretenderá usted que me vaya, pues ya desde este momento me pongo á sus órdenes.

A las seis de la mañana llegaron unos albañiles y algunos soldados enviados por el coronel Aguado.

Al mando de Perez, los soldados vaciaron las piezas, trastornaron los muebles y á poco comenzó el derumbe.

En dos horas habían desaparecido hasta los escombros y un pintor igualaba la decoración de las paredes.

Los oficiales del cuerpo de Aguado, en un trajín verdaderamente militar, iban y venian acompañados de sus ordenanzas, trayendo y llevando mue-

bles, alfombras, candiles, vajillas, faroles, cajas de vino y medio mundo en fin.

La actividad de Elena llegó al heroísmo; se multiplicaba, estaba en todas partes, atendía á todo, dirigía la cocina, ponía el Nacimiento, disponía su traje, y no olvidaba ninguno de los detalles indispensables de aquella fiesta.

Perez listo, ágil, servicial y solícito, era como Elena había dicho, sus piés y sus manos; la comprendía con solo que Elena moviera un ojo; donde Elena ponía la vista, allí ponía Perez las manos, pues á las prendas diligentes de Perez, había que agregar el amor, locomotiva que desde tiempo inmemorial, hace andar al hombre más listo que de ordinario.

Los oficiales improvisaban un verdadero jardín en el corredor de la casa, armaban las mesas para la cena,

colocaban faroles y candiles, columnas y candelabros, y por toda la casa se difundía el olor peculiar del pinabete y de la lama fresca, olor que á los muchachos les hacía exclamar: huele á Noche buena.

Al medio día recibió Elena de parte del coronel, la visita de una francesa.

Elena sorprendida le salió al encuentro.

Era la modista, que venía de parte del coronel Aguado con algunas cajas de cartón, conteniendo un traje blanco de baile, peinados, pañoletas, guantes y otros adminículos.

A Elena le pareció que se iba á casar.

A Perez también.

Elena puso una cara como unas pascuas.

Perez torció el gesto y tomó la expresión de los condenados del Dante.

No obstante, Elena se encerró con la modista, para medirse el traje.

Perez entre tanto, sintió cierto escozor en los ojos y le escurrieron dos lágrimas.

El mismo Perez hizo un esfuerzo por persuadirse de que le había dado un aire, y como estaba desvelado, se le habían inflamado las glándulas.

En la tarde se presentó el coronel Aguado. La transformación se había operado. La pobre casa de Elena ofrecía ya á los concurrentes un salón amueblado y un comedor, cuasi kiosko ó jardín veneciano.

Aguado entró con el mismo aire con que hubiera entrado á visitar un prisionero de guerra.

Elena tembló.

Este temblor se lo han enseñado las flores á las mugeres en pro de sus atractivos.

Elena temblando había subido un cincuenta por ciento.

Afortunadamente no la vió Perez, porque estaba clavando.

Esto sucede á menudo. Generalmente, cuando unos clavan, otros tiemblan.

No queremos decir por esto que Elena amase á Aguado, no señor, Dios la librara; Elena era una muger honesta á pesar de las boleras.

Pero la impresionabilidad es patrimonio de la muger y hay acciones que deslumbran y se agradecen.

La muger se ha devanado los sesos buscando un medio para neutralizar el efecto de las esplendideces, y no lo ha podido conseguir todavía.

¿Cómo hacer una grosería á un hombre tan fino y tan franco y tan espléndido? Esto hubiera sido imperdonable; y todo podría tener Elena ménos ingrata.

De manera que sin temor de faltar á sus deberes, Elena pronunció las frases de su agradecimiento, diciendo que no tenía palabras para expresarlo.

Eso era lo que queria Aguado.

Dijo también que aquello le parecía mucho, muchísimo, más de lo que ella merecía.

Eso lo sabía también Aguado.

Insistió en que el coronel no debía haberse metido en esos gastos.

Aguado opinó de distinta manera, y finalmente sacó del faldón de su levita militar una cajita con un elegante aderezo y lo ofreció á Elena.

—Eso sí que no lo admito, dijo Elena.

—¿Cómo se entiende? ¡Cañones!— exclamó levantándose: son acaso falsas las piedras, niña de mi alma?

—No, no es eso: es que eso es mucho para mí, y yo no merezco.....

—¡Acabara usted de volverme la sangre al cuerpo, muchachuela! en cuanto á que usted no lo merezca, es cosa que á mí me toca decidir; que si pudiera bajar esta noche con la mano la misma estrella que guió á los santos reyes magos, le había de mandar hacer con ella un prendedorcito para ese pecho.... Conque, tome usted, y no me vuelva á ofender, porque no me gusta la gente desagradecida.

—Desagradecida! no lo permita Dios, señor coronel Fernandez.

—Fernandez Aguado, repitió el coronel, que mi padre era Aguado, de los Aguados nobles, y Fernandez Aguado es mi apelativo en honra de mis predecesores.

—Pues muy bien, señor Fernandez Aguado yo no soy desagradecida.

—¿No?

—No mil veces.

—Pues así me gusta la gente; porque la gratitud es de almas nobles, y en siendo uno agradecido, lo demás está de más, niña. Conque.... esta noche la veré á usted muy guapa, siendo la reina del baile, que esa es mi intención y nada más, que cada quien debe estar en su puesto. ¿Estamos? y yo como militar me gusta que el servicio se dé en orden y con la debida subordinación, y al coronel como coronel y á la coronela.... ¡ay niña! de pensar en que vá usted á ser la coronela, hasta me dán ganas de pronunciarle, que nunca lo he hecho.

—¡Yo la coronela! pero si.....

—No empecemos; que donde está el coronel Fernández Aguado y una señora de las altas prendas de usted á su lado, todos los honores de ordenanza son para la hembra; porque soy yo tan galán como soldado, ó como dicen,

no quita lo cortés á lo valiente; y si no fuera porque está lejos el cuartel le hacía partir la retreta de las puertas de su casa; pero ya arreglaremos eso, coronelita: por ahora á divertirse y no haya que temer: ¿qué falta? ¿han traído lo suficiente?

—Todo con una abundancia que.....

—¿Abundancia que?.....

—Que se vá á desperdiciar la mitad.

—¿Y que importa? que sobre, lo cojerán los pobres: porque todo el mundo beberá á nuestra salud esta noche. ¡A desperdiciar! pues no faltaba más siño que yo supiera tasarme: ó las cosas se hacen ó no se hacen, y usted no me conoce, y hoy como hoy, solo dos cosas hay en el alma del coronel Fernandez Aguado, la una es usted, niña primorosa, y la otra mi regimiento, eso sí, mi regimiento, niña..... ya se lo pasaré mañana por su balcón y verá que

muchachos y qué banda y qué oficiales: ya conoce usted algunos buenos caballeros, ¿no es verdad?

—Efectivamente son muy amables, dijo Elena que no podía cortar las locuciones del coronel, sino con gran trabajo.

—Todos la quieren bien, y están dispuestos como su coronel á batirle marcha regular, que no tendrá usted queja. Conque decía que si nada falta.

—No, creo que no.....

—¿Le han dado dinero los oficiales?

—Si me han dado para gastos más del que se necesita.

—Pues gástelo todo, y si falta, un vale al portador y al habilitado; que ya tiene orden de obedecer á usted, mi vida, que yo respondo.

Elena no había palpado nunca un ejemplo de prodigalidad semejante, y sentía como que á cada nuevo arran-

que de Aguado, se encajonaba más y más en una situación de la que no podía retroceder, y hasta le iba sucediendo una cosa: se le había olvidado Perez.

Ya se vé, las descargas cerradas del coronel no la dejaban pensar en nada: aquel hombre era una cascada de palabras, de obsequios, de galanterías: ¿qué había de hacer Elena con todo el regimiento? ¿cómo resistir á Aguado y á los suyos?

Elena, identificándose con su anfitrión, pensaba ya militarmente en que todo aquello no podía dar más que este resultado:

Rendirse á discreción.

Tras de esta derrota estaba un consuelo.

El porvenir de Chucho porque.... en fin, un hombre como Aguado, debía ser un protector decidido de su hijo de su corazón.

El coronel estaba en este momento presenciando la maniobra de subir unos grandes naranjos por la escalera para acabar de formar el jardín que iba á servir de comedor.

—A ver, esos reclutas! ¡á la derecha! ¡marchen! de frente! ¡alcornoque de cabo, marcha de frente!

A estas voces asomaron algunos vecinos, y Chucho el Ninfo temblando se vino á refugiar con su madre.

—Aquí tiene usted á mi hijito.

—¿Cómo te vá, valiente? ¡Qué hijo tan lindo tiene usted, niña!

—Es un servidor de usted, señor coronel;—contesta, niño,—es muy hueraño.

—Ya se lo quitaremos.

—Dile al señor que eres su servidor.

Chucho permaneció callado.

—Vamos, amiguito, haremos las paces y seamos buenos amigos.

Diciendo esto, el coronel se sentó colocándose á Chucho á horcajadas sobre sus rodillas.

—Vamos, amiguito, aquí están estos medios para juguetes ¿te gustan los soldados?

—Responde, niño.

El coronel puso cuatro pesos en las manos de Chucho.

Chucho, hijo de su madre, sintió algo parecido á lo que había ya sentido Elena. Cuatro pesos para juguetes, era una de esas felicidades con las que nunca soñó Chucho el Ninfo, y aún se dignó levantar su rosada carita, y contemplar la tostada faz de Aguado.

—¿Te gustan los soldados?

—Sí, me gustan los soldados y también las vivanderas.

—¡Ah pícaro! tu tienes vocación, tu harás carrera. ¿Quieres vestirme como yo?

—Sí, con mis charreteras y mi espada que corte.

—Bueno, bueno, te voy á mandar hacer un traje completo de militar. ¿Quieres ser militar?

—Sí, para matar á todos los muchachos feos de la calle.

—Valiente pintas. Pídele permiso á tu mamá para ser militar.

—¿Como es eso?

—Díle que si quiere que seas militar.

Chucho pidió permiso á su mamá.

Esta se lo concedió con el agregado de tres besos que hicieron parpadear al coronel más que la metralla.

—¡Capitán Nuñez! gritó el coronel.

—Mándeme usted, mi coronel, dijo el capitán Nuñez, apareciendo en la puerta.

—Dé usted de alta en la primera, al soldado Jesús Flores.

El capitán Nuñez, con la mano en el chacó, dijo con una formalidad muy militar:

—Está bien, mi coronel.

—Puede usted retirarse.

—Con permiso de usted, mi coronel.

Y el capitán Nuñez dió media vuelta y siguió dirigiendo la maniobra del corredor.

—Vaya usted á jugar, amiguito, ya es usted soldado y los ascensos vendrán á su tiempo: ya lo verá usted de coronel, niña.

—Muchas gracias, dijo Elena, poniendo en juego una de esas miradas y una de esas sonrisas, que las mujeres tienen guardadas, como los boticarios, en una alacena en que están todos los venenos y que llaman *el ojo*.

El coronel recogió mirada y sonrisa por cuenta del saldo de sus gastos de

ese día y se acordó de los acuerdos que ponía á veces en las comunicaciones oficiales.

«Enterado con satisfacción.»

La noche se acercó bien pronto, aumentando con sus sombras el trajín de la casa de Elena.

Perez había hecho prodigios, sin descuidar entre estos, el de convidar á Carlos por una parte; y á la familia de D. Pedro María, por otra, para la fiesta de la noche.

Perez que había corrido con los gastos menores, se abonó, *tuta* conciencia, el treinta y tres por ciento de comisión con cargo á sus industrias particulares; pues sabía á donde estaba la azúcar entreverada á 18 reales, y la soletá por mayor á 5 pesos la media arroba; sabía como se ajustan cargadores, y donde se compra pan grande con ganancia; mezcló á todo su

crédito y sacó el mayor partido posible de la situación, haciendo alarde de su economía y de la buena calidad de los efectos; de manera, que lo que Perez perdía en amor, ganaba en lucro; y tal compensación amenguaba por el pronto sus contrariedades de amante amartelado y crónico de Elena.

Perez tuvo tiempo para todo, y después de arreglar todos los negocios del baile, recorrió con una precipitación asombrosa en un coche de alquiler, algunas sastrerías hasta dar con Zarricolea, sastre vizcaino y afamado entonces para *pintar* una casaca.

Perez se probó un frac y se irguió ante un espejo.

—Como hecho para usted, le dijo Zarricolea.

Con tal sanción, Perez pagó el frac, lo envolvió en su mascada y subió al coche, paró en la peluquería de Mon-

tauriol y se hizo afeitar y rizar y compró guantes blancos.

En seguida, llegó á la casa de las señoras en donde vivía, y notició que no lo esperasen.

Sacó su mejor camisa, y en breve Perez quedó trasformado en un diplomático, y en el mismo coche llegó á la casa de Elena.

Esta, estaba á la sazón en su habitación.

Elena se había prestado para esa noche uno de los espejos que el coronel había mandado; pues Perez que en todo estaba, había adornado una pequeña pieza, á la que Perez llamaba pomposamente *tocador para las señoras* y no contento con llamarle así, colocó un letrero hecho por él sobre la puerta.

Elena se estaba viendo á la sazón de cuerpo entero y se esmeraba en su

compostura, como no lo había hecho más que el día de su boda con el difunto militar.

Pasaban tantas cosas por la imaginación de Elena, que muchas veces no se daba cuenta de lo que hacía; respiraba vida y alborozo y veía perderse su pasado ante el deslumbramiento de un presente de sensaciones inusitadas y violentas. El coronel con su ruda franqueza, tenía un prestigio dominador, pero á pesar de eso, Elena no lo amaba, más bien le temía; pero el pícaro del amor propio, tirano y dominador, no permitía á Elena, á pesar de todo, omitir ninguno de los detalles de su tocador.

Elena se probó el vestido más ajustado á su talle y más bien hecho, que todos los que se había puesto en su vida; fué necesaria la fuerza toda de una robusta criada para cerrarlo; y la

presión que Elena sentía en su talle no la hubiera soportado en circunstancias comunes; pero en aquella noche le parecía á Elena que hubiera sido imperdonable tener la cintura poco graciosa.

Otro tanto le sucedía á Elena con los piés. Estaba soportando con una resignación heroica de que solo es capaz una mujer, la presión de su calzado blanco. Se acababa de calzar unos zapatitos de niña, zapatos que convertían los piés de Elena en dos adminículos, en dos chucherías más apropósito para un museo de curiosidades que para servir de remos á persona alguna. No obstante, sobre aquel cimientito frágil estaba la humanidad de Elena, tal vez simbolizando el deleznable fundamento de sus resistencias.

Elena se iba cerciorando más y más de que todo aquello iba á hacer un efecto decidido y magnífico en Aguado.

Tal es la mujer.

Elena rehusaba hasta dentro de su conciencia íntima la idea de pertenecerle á Aguado; no transijía con traspasar los límites de su deber y de su honra: por nada se hubiera ofendido más que por que la supusieran amante del coronel, y no obstante, ella sabía bien que aquel refinamiento, que aquella prolijidad para componerse no tenía más objeto que agradar al coronel.

A Elena le parecía muy natural esto.

—Supuesto que al coronel le cuesta su dinero, nada más justo que complacerlo (en los límites, se entiende, de la decencia), lo cual no quiere decir que yo le dé esperanzas ni quiera con esto significar que correspondo á su cariño: no señor, todavía para eso..... tiene que rabiarse su señoría y mucho; porque lo que es yo, no estoy tan tirada á la calle que digamos. Mujeres más feas

he visto..... ¡vaya! mucho más feas, ahí están doña Juana la Solórzano y la prima de Amparo la que casó con el español; ¡qué dieran por ser como yo! y sin embargo, tanto el español como Solórzano hicieron sacrificio y medio por ellas; de manera que ¿por qué no ha de hacer conmigo el coronel lo que por doña Juana hizo Solórzano? y ya así será otra cosa.

Vamos decididamente es necesario contenerse en cierto límite y dejar venir los acontecimientos.

—Elena! Elena! gritó una voz vibrante á la puerta del tocador.

Elena sintió como un baño de regadera.

Era Perez.

En el cerebro de Elena, Perez representaba en ese momento la prosa y Aguado la poesía.

—¿Qué quiere usted, hombre de Dios? pregunto Elena desde adentro.

—Que dónde ha puesto usted las llaves?

—En la sala.

—No están.

—Sobre una rinconera.

—No están.

—Búsquelas.

Los pasos de Perez se alejaron.

Y *éste* pensó Elena, *éste* que está tan entusiasmado, *¡pobre!*

Este *¡pobre!* es intraducible.

Tiene la muger un lado vulnerable y no en el talón, sino en el corazón, y merced á esta vulnerabilidad entra, y con mucho, la conmiseración de la muger en su aquiescencia.

Perez por lo tanto estaba más cerca de Elena al decir *pobre*, que el coronel con todo su boato y sus magnificencias.

—Lo cierto es que Perez se vá á volver loco con mis zapatos blancos, por-

que si con los verdes se puso insoporable ¿qué será de mí Dios mío cuando me vea estos que me están tan bien?

—¡Ay! continuó, tengo en mi poder las llaves de dos corazones.

—No están las llaves, dijo Perez acercando la boca al agujero de la llave.

Elena se estremeció; por un momento creyó que Perez la había adivinado reflexionó un momento y enseguida se hechó á reir.

—¿De qué se rie usted Elena?

—De nada, Perez.

—¿Cómo de nada?

—De que aquí tengo las llaves.

—¡Y yo buscándolas!

—¡Pobre de usted!

—Pobre de mí ¿por qué?

—Pobrecito!

—¡Ah! eso es otra cosa.

—Voy á abrir tantito para darle á usted las llaves.

- ¿Y no espío?
- No, le está á usted prohibido.
- ¿Por qué?
- Qué pregunta!
- Tantito.
- No, y no! ¿estamos?
- Es que yo me mato por verla á usted vestida.
- Ya me verá usted en la sala.
- Quiero ser el primero? ¿me lo concede usted?
- Elena reflexionó.
- Bien visto pide poca cosa; ¡pobre! Después de todo, este Perez tiene unas cositas...
- ¿En qué piensa usted tanto?
- ¿En qué?
- Sí, ¿en qué?
- En usted.
- Si me lo vuelve usted á decir echo la puerta abajo.
- ¿Hola, hola! caballero; se guardaría usted muy bien.

- Eso lo digo para significarle á usted...
- Sí, ya sé lo que me quiere usted significar.
- ¿Verdad? ¿conqué cuatro dedos no más?
- ¿De qué?
- De luz entre las dos hojas de la puerta.
- ¿Cuatro dedos?
- Vaya cinco, para que quepan las llaves.
- Por tal de que...
- Sí, por tal de que la deje en paz, murmuró Perez.
- Y la puerta se abrió cinco dedos no más; pero como Elena estaba tan cerca, Perez no la podía ver.
- Aquí están las llaves.
- Esas ya las tengo, pero á usted no la veo.
- ¿No?